Universidad de la Ciudad de México

Fray Servando Teresa de Mier núm. 99, Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06080 México, D.F. Tel: 51 34 98 04

Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Fray Servando Teresa de Mier núm. 92, 2do. piso, Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06080 México, D.F. Tel: 51 34 98 04 exts. 1502 y 1616



Teoría lésbica, participación política y literatura

Norma Mogrovejo Aquise

Pensamiento crítico 3

Academia de Filosofía
Universidad de la Ciudad de México

INDICE

Estado del arte de los estudios lésbicos	9
Los encuentros lésbico-feministas de América Latina y el Caribe	67
ldentidad, cuerpo, sexualidad y política en cuatro poetas lesbianas: Tatiana de la Tierra, Melissa Cardoza,	
Silvia Morán y Pat Sánchez	105

© Teoría lésbica, participación política y literatura primera edición, 2004.

© Norma Mogrovejo Aquise

Universidad de la Ciudad de México Fray Servando Teresa de Mier núm. 99 D.R. Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc C.P. 06080, México, D.F.

Publicaciones: Eduardo Mosches

Diseño gráfico: Marco Kim

En portada: La vestimenta de la novia, Max Ernst

ISBN: 968-5720-31-2

Hecho e impreso en México/Printed in Mexico

Correo electrónico: publicacionesucm@yahoo.com.mx

ESTADO DEL ARTE DE LOS ESTUDIOS LÉSBICOS¹.

No es la sexualidad lo que persigue a la sociedad, sino la sociedad la que persigue la sexualidad del cuerpo.

MAURICE GODELIER

El lesbianismo ha sido siempre menos entendido que la homosexualidad masculina. En parte, debido a un simple sexismo; en parte, porque la mayoría de las investigaciones han descubierto que la incidencia del lesbianismo es más baja que las estimaciones obtenidas para la homosexualidad masculina. Las mujeres que aman a otras mujeres son estudiadas con menos frecuencia. Existe, sin embargo, una amplia evidencia —y las propias lesbianas lo afirman-- de que no son simplemente unas reproducciones femeninas de los hombres gays.² Otra de las principales razones por las que se conoce poco sobre las lesbianas y el lesbianismo se debe a que las propias lesbianas han escrito poco sobre sí mismas. Además de ser ésta una limitante de las mujeres en general y de la gran mayoría de los sectores marginados, las lesbianas, limitadas por la censura de la moral, la religión católica, la ley, etc., han permitido (llámese por omisión o por censura social) que se sepa más de ellas por los escritos hechos

por los hombres heterosexuales, quienes las analizan como sujetos clínicos, inmorales o como personajes sexuales que enarbolan las fantasías del morbo. En tal sentido, el lesbianismo es todavía una realidad ágrafa, y mientras las lesbianas no escribamos sobre nosotras mismas, seguiremos viviendo nuestra propia prehistoria.

Las primeras evidencias escritas de lesbianas han sido identificadas cuatro milenios antes de Cristo, en fuentes babilónicas escritas en sumerio que testimonian la existencia del amor "de una mujer a otra mujer" como un comportamiento habitual y no como objeto de sanción. Una de las divinidades más importantes, Inanna-Ishtar, era una figura femenina independiente, sin vínculos conyugales. En China, heredaron una caligrafía secreta de dos mil caracteres, nushu, incomprensibles para los hombres, en la que, en prosa y en verso, relataban sus memorias. Algunos de los caracteres de esta escritura aparecieron en la dinastía Shang, hace 3 000 años. Hoy el "lenguaje de las brujas" —como lo definieron los comisarios políticos de Mao, al no entender sus trazos— continúa siendo practicado por un puñado de ancianas y algún intrépido sinólogo.

Sobre lo escrito acerca de las lesbianas podemos encontrar dos lógicas de análisis:

- Las publicaciones hechas por heterosexuales, en las que la lesbiana es analizada como sujeto anormal u obieto de estudio:
 - Estudios ontológicos referidos al deber ser: la religión (pecado), la ley (delito) y la medicina (patología).

- Estudios sobre la identidad: sexualidad, feminidad, diferencia sexual.
- 2) Estudios hechos desde una visión lesbiana:
 - Literatura
 - Desde el activismo político

El lesbianismo entre el pecado y el delito³

La opresión heterosexual obstaculiza y niega el amor entre mujeres para impedir o bien su individual autonomía erótica y existencial, o bien la posibilidad de una alianza entre ellas. El lesbianismo es objeto de una mayor y más precisa opresión respecto de la homosexualidad masculina, y esta represión de la sexualidad lésbica se añade a la opresión que cada mujer sufre en cuanto mujer.

Safo vivió en un periodo en que las mujeres gozaban de una condición de relativa independencia que no habían conocido en la edad clásica, entre el siglo V y IV a. C. El matrimonio era obligatorio pero no la heterosexualidad. Las mujeres egipcias, en el periodo clásico, eran más libres que las mujeres griegas; las de Alejandría fueron las primeras en poder citar su propio nombre y su propia voluntad en un contrato matrimonial. También, en el mundo egipcio, las mujeres podían sustraerse al matrimonio si quedaban huérfanas antes de tener edad para tener marido o incluso, en este caso, si conseguían rechazar las presiones de las que eran objeto, como la persecución imperial. A las mujeres-niñas romanas (ya que las casaban a los doce años de edad), se les imponía la maternidad como único fin del matrimonio; la pérdida de los

bienes propios en favor del marido; el concubinato; la condena penal por adulterio, y la licitud de ser asesinadas por tal "crimen público" a manos del padre. La alternativa lésbica es la historia de una clandestinidad que se convierte definitivamente en tal cuando la sociedad patriarcal incorpora la homofobia a sus valores y a su autoconstrucción.

El catolicismo comienza, con San Pablo, a condenar a las mujeres "que han cambiado el uso natural por el uso contranatura". A finales del siglo XVIII, domina drásticamente la represión heterosexual. La figura del sodomita se confunde con la del hereje.

En 1270 aparece, en un código francés, la primera ley secular contra el lesbianismo, según la cual "la mujer que lo practica debe perder un miembro cada vez y a la tercera debe ser quemada". Se crean mitos acerca de las lesbianas, en los que el imaginario masculino cree que éstas tienen un clítoris monstruosamente desarrollado o que utilizan instrumentos inverosímiles. El lesbianismo se define como tribadismo y es asimilado al hermafroditismo.

J.D.T. Bienville plantea en su libro La nymphomanie ou traité de la fureur utérine (Amsterdam, 1771) que la ninfomanía se identifica con las lesbianas: ambas son culpables de poseer una capacidad de placer demasiado elevada, tanto por medio del autoerotismo como por su competencia con el hombre, y esto debe ser curado con el matrimonio.

LA PATOLOGIZACIÓN DEL LESBIANISMO

En el siglo XIX, se le atribuye a la medicina, además del simple conocimiento de la enfermedad, el conocimiento

de las reglas de discriminación entre lo normal y lo patológico. Y en la desviación de la norma, el lesbianismo se convierte en enfermedad, que aísla al sujeto y le impone un retorno a la normalidad. De este modo, la homosexualidad y el lesbianismo son clasificados como estados patológicos.

En 1864, el término "uranismo" (homosexualidad) es adaptado por Karl Heinrich Ulrichs, quien lo toma de la figura mitológica de Afrodita Urania. Ulrichs era militante homosexual. Con su teoría del tercer sexo, intentaba refrenar la creciente homofobia.

Los primeros estudios científicos sobre el lesbianismo fueron estimulados por el creciente número de divorcios que iniciaron maridos cuyas mujeres se habían enamorado de otras mujeres. En 1869, Karl Westphald, psiquiatra de Berlín, catalogó el lesbianismo como una "anormalidad congénita". El francés Paul Moreau, en su tratado Des aberrations du sens génetique (París, 1887), usa el término "aberración" para describir "una anomalía del sentido genital que produce por simpatía una auténtica perversión moral" y define el lesbianismo como

el vicio vergonzoso que la antigua Lesbos ha legado a las sociedades modernas: las relaciones carnales entre mujeres, esos amores insensatos que algunos autores modernos de moda no han tenido dificultad en describir, incluso en glorificar. Estas pasiones, como todas las demás, pueden revestir un carácter patológico, dar lugar a un auténtico delirio parcial limitado a lo genital que deja intacta la integridad de otras facultades.

En la identificación con la homosexualidad, el lesbianismo representa un equivalente simétrico y complementario, del mismo modo que la sexualidad femenina es considerada "complemento natural" de la del hombre.

La obra que ejerce mayor influencia en la opinión pública y en otros estudiosos de la materia es *Psicopatía sexual* (1886) de Richard Kraff-Ebing, ya que codifica el concepto de "degeneración", considerada como "una perversión del instinto sexual" que puede transmitir genéticamente la degeneración si se practica con frecuencia. Se define como perversa toda manifestación del instinto sexual "que no esté de acuerdo con los objetivos de la naturaleza", es decir que no tenga como finalidad la procreación. Este autor divide la casuística en homosexualidad innata y en homosexualidad adquirida. En relación con esta última, enumera las siguientes causas de producción: masturbación, falta de relaciones heterosexuales, libido *insasiata* por el matrimonio con maridos impotentes, seducción por parte de homosexuales "innatas" y prostitución.

L. Thoinot en su libro Attentats aux mores et pervertions du sens genital (París, 1898) recupera el término "uranismo" para definirlo como "afección congénita", presente también en las mujeres según un modelo idéntico al del hombre. La diferencia con respecto a Kraff es que Thoinot distingue la inversión congénita y la inversión dependiente de la "degeneración mental" que se caracteriza por las distintas marcas que constituyen su etiología. Thoinot afirma que las prácticas sexuales de la mujer "uranista no son naturalmente muy variadas" y las reduce a tres: el tribadismo (excitación recíproça de las partes genitales por contacto o fricción), el safismo (erotismo oral) y la masturbación.

Julien Chevalier, en *Une maladie de la personalities: l'inversion sexualle* (París, 1893), clasifica el lesbianismo en "congénito" y en "adquirido". Este último, según el estudioso francés, se produce por cuatro factores sociológicos: "safismo por placer", "safismo profesional", "safismo por necesidad" y "safismo por miedo".

Magnus Hirschfeld, mucho antes que el informe Kinsey, por medio de un cuestionario de ciento treinta preguntas, aplicado a 10 mil hombres y mujeres, reveló que en la Alemania de su tiempo, con una población de 62 millones y medio de habitantes, había cerca de cinco millones y medio de personas "cuya predisposición constitucional era amplia o totalmente homosexual".

Lombroso comienza a "estudiar" el lesbianismo en 1888, basándose en las relaciones entre mujeres internadas en manicomios criminales. Define el tribadismo como uno de los "fenómenos propios de las mujeres prostitutas".

Los sexólogos de los últimos años del siglo XIX, como Havelock Ellis y Edward Carpenter, alargan la descripción "científica" del lesbianismo al de "pseudohomosexual". Muchos historiadores de los gay han considerado las obras de Ellis y Carpenter como "progresistas", debido a la defensa que hacen de las "perversiones" masculinas. En ambos casos se trataba de una defensa interesada, porque Ellis practicaba la urología y Carpenter era un homosexual.

También el sexólogo Iwan Bloch en 1909 pone en guardia a las mujeres "sanas" advirtiendo que para "la difusión de la pseudohomosexualidad, el Movimiento de las Mujeres tiene mucha importancia" y afirma que "la llamada cuestión femenina es principalmente una cuestión que concierne al destino de la mujer homosexual viril".

Hirschfeld afirma que las "femeninas" no se interesan por las "masculinas" y que, por otro lado, las relaciones amorosas no pueden darse entre las "mujeres-hombre" y las "mujeres-mujer". La influencia de estos autores no fue secundaria en el empeoramiento de la condición de las mujeres lesbianas: construyó el humus en el que se prendieron las raíces de la represión institucional y social.

Leonardo Bianchi define a la mujer "cuantitativamente lésbica" como frígida y con el útero infantil: "se diferencia difícilmente de las mujeres más evolucionadas y toma marido por razones sociales y porque ni ella ni los demás conocen su frigidez". La lesbiana "cualitativa" se trata de una "invertida masculiniforme" y generalmente con taras hereditarias.

Nicola Pende, representante de la línea endocrina, durante el fascismo inventa los llamados "índices biométricos de la feminidad" basados en medidas eurrítmicas del cuerpo de la mujer al que corresponden varios tipos de "feminidad morfológica". No usa el término lesbianismo sino los de "masculinismo" o "virilismo" que se manifiestan con efectos somáticos asociados al "carácter enérgico" y a la "escasa o ninguna atracción por el hombre".

Cuando el lesbianismo se considera patológico, muchas mujeres lesbianas se patologizan a sí mismas sufriendo de una falta/negación de identidad, entrando en conflicto con el propio ser femenino en el amar a otra mujer y asumiendo las normas relación y los valores sexuales masculinos. El caso de Radclyffe Hall, la famosa autora de *El pozo de la soledad*, libro publicado en 1928, constituye un éxito brillante de lo que se podría llamar "la perversión que ha hecho al lesbianismo perverso". En una carta escrita en 1928 al sexólogo Ellis Havelock, autor

del prólogo a la primera edición, la autora resume el tema así:

La vida desde la infancia a la madurez, de una invertida congénita, tratando la inversión no como una perversión o un suceso contra natura sino como una condición que, como todo acontecimiento de la naturaleza, que por frecuente que sea, debe ser considerado natural.

Para obviar la condena moral, su protagonista debe aparecer como congénita, asumiendo una anormalidad natural que puede convertirse en normal si se aceptan las normas heterosexuales, como la fijación de roles masculino-femenino, el reconocimiento de la superioridad biológica del hombre, la obviedad de la misoginia, la inferioridad sexual de la mujer y de la lesbiana, la aceptación del orden impuesto por la cultura masculina y el apoyo a las instituciones políticas y religiosas, incluida la guerra. El pozo de la soledad, denunciado como "libelo obsceno", suscitó el primer proceso contra el lesbianismo de la moderna historia de Inglaterra. Rodeado por el silencio, el libro fue secuestrado y quemado en los sótanos de Scotland Yard.

La teoríoa freudiana sobre la sexualidad lésbica

La doctrina psicoanalista, al contrario de las teorías somático-constitucionales, atribuye la causa de la homosexualidad a un mecanismo psicogénico que se reproduce de forma simétrica analizando la psicogénesis del lesbianismo. El "impedimento" a la normal orientación heterosexual de la libido es de origen psíquico, el individuo del mismo sexo hacia el cual se dirige dicha libido será siempre un objeto sustitutivo. El tratamiento terapéutico psicoanalítico se propone hacer conscientes los factores inconscientes que bloquean la orientación "normal" de la libido: si el sujeto no se ha organizado psíquicamente todavía de un modo estable, la homosexualidad y el lesbianismo serán curables, ya que la libido puede reencontrar la vía de su orientación objetual "normal" y abandonar la "sustitutiva" que había creado. Freud atribuye las desviaciones sexuales de la norma a un mecanismo de regresión infantil originado por combinaciones incompletas de impulsos. Abandona, pues, las teorías de la disposición "innata" y patológica, pero únicamente para encaminarse hacia el concepto de perversión como "síntoma morboso", es decir, como enfermedad que hay que curar. Ligando la "normalidad" a estos parámetros biológicos, Freud enfoca la concepción de una "bisexualidad" psíquica innata en la que destaca la "actividad" masculina y la "pasividad" femenina, así como el postulado de la "envidia del pene" por parte de la niña. Freud sostiene que "con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer pierde valor a los ojos de la niña. Su amor dirigido a la madre se debilita con el descubrimiento de que la madre está castrada y entonces es posible abandonarla como objeto amoroso", enderezando la pulsión erótica hacia el padre y hacia otros hombres. La lesbiana, en cambio, no puede resolver normalmente este "conflicto edípico".

En el caso de lesbianismo, analizado en 1920 (Psicogénesis de un caso de homosexualidad en una mujer),

Freud atribuye su causa a la "continuación de una fijación infantil en la madre" y a un "fortísimo complejo de virilidad". El amor de una mujer hacia otra en la óptica patriarcal de Freud, tiene que nacer forzosamente a través de un hombre. Fijada de esta manera esta "posición libídica" acuña el prejuicio aún vigente de la mujer amada como "sustituto de la madre".

El amor entre mujeres, para Freud, equivale al que se da entre hombres y está causado por tres series de características: 1) caracteres sexuales físicos (hermafroditismo físico), 2) caracteres sexuales psíquicos (decantamiento masculino o femenino), y 3) género de elección objetual.

Como en los otros escritos sobre la sexualidad femenina, su posición sobre el lesbianismo es la de formular una hipótesis declarándose, sin embargo, "incapaz, con los materiales disponibles, de aclarar su génesis". En 1926, por otro lado, afirma que "la vida sexual de la mujer adulta es todavía un continente negro para la psicología".

El lesbianismo en el movimiento psicoanalítico

La mayoría de las teorías psicoanalíticas elaboradas por la escuela freudiana relacionan el lesbianismo con la identificación primaria de la niña con el padre y con el trauma del descubrimiento de la ausencia del pene. Otto Weininger en Geschlecht und Charakter (Viena, 1903) y Wilhelm Stekel tanto en Bisexual Love (New York, 1929) como en Sexual Aberrations (New York, 1930), desarrollaron la teoría freudiana de la "bisexualidad psíquica". Weininger llega a afirmar que una "lesbiana viril" posee

más caracteres masculinos que femeninos hasta el punto de ser una "hombre-mujer". En Das Problem der Homosexualität (Munich, 1917), Alfred Adler corrige el concepto freudiano de perversión por el más vago de "problema", una "protesta viril", un rechazo de asumir un rol subordinado, activado por algunas mujeres para compensar su inferioridad, así como a la protesta basada en la envidia originada por las ventajas que el hombre posee respecto de la mujer. Todo esto contribuye a la preferencia por el propio sexo. Para la analista Hélene Deutsch, las actividades eróticas de las mujeres lesbianas reproducen la relación madre-niña. Deutsch concluye que "el tratamiento psicoanalítico no le ha hecho ver el modo más eficaz de romper la unión con la madre, es decir, la renuncia de la homosexualidad y la atracción hacia los hombres".

Janine Lampl de Groot (*The evolución of the Oedipus Complex in Women*, Londres, 1957) piensa también que la niña permanece ligada a la madre, sin identificarse con el padre; acepta el complejo de castración y, además, lo niega. Esta analista está entre las primeras psicoanalistas que describen las fantasías de coito fálico de las niñas con la madre; ella sostiene que tales fantasías, pasada la pubertad, asumen para algunas mujeres un significado homosexual.

Ernest Jones, en "La sessualità femminile primaria" (Teorie del simbolismo, Roma, 1973), examina cinco casos de mujeres lesbianas e intenta definir la diferencia entre una mujer lesbiana y una mujer heterosexual. Para Jones, el lesbianismo deriva del cambio de la relación objetual con el padre en una relación identificatoria en que la niña desarrolla "el complejo del pene", dictado por el miedo al incesto. Jones afirma que el equivalente

de la angustia de la castración del macho en una mujer es la "aphanasis", es decir, la angustia intensísima de perder el placer, la sexualidad.

Bergler define el lesbianismo como una "regresión oral-masoquista" porque

en el centro de la vida sexual de las lesbianas se encuentra el cunnilingus y la succión de los senos, lo que indica una orientación hacia la infancia, mientras que el clítoris, identificado inconscientemente con el pezón, forma el centro de la masturbación recíproca efectuada con los sustitutos del pene.

Las lesbianas, para Marie Bonaparte, son mujeres que "no renuncian ni a su objeto de amor primitivo, ni a su zona erógena dominante fálica". El psicoanálisis puede intervenir sobre ellas mediante la adaptación de la sensibilidad clitorídea a la función vaginal, considerada por la autora como la verdadera "función erótica femenina".

El cruce entre psicología, psicoanálisis y psiquiatría produce la aproximación "analítico-existencial". Un representante de esta tendencia, Medard Boss, en Meaning and Content of Sexual Perversions (Nueva York, 1949), divulga el análisis de una "homosexual neurótica" y de una "homosexual constitucional", atribuyéndole a la primera una "personalidad subdesarrollada e infantil" dependiente del antiguo amor por la madre, que la habría empujado a buscar la imagen del amor materno en la "feminidad que a ella le faltaba". La segunda, por el contrario, es situada en una categoría de mujeres que podrían ser definidas poco menos que hombres: "hombres como

los que, después de un accidente, han sufrido la amputación de los órganos genitales".

La feminidad

La teoría psicoanálitica freudiana se basa en tres axiomas: 1) que la posesión del pene por parte de los hombres y su ausencia en las mujeres constituye para éstas un problema determinante en el desarrollo de su personalidad, 2) que la heterosexualidad es la condición normal de la vida amorosa, y 3) que la homosexualidad y el lesbianismo son una regresión o una fijación en el estadio pre-edípico. La crítica a la tesis de Freud y la aparición de un nuevo tipo de investigación sobre la sexualidad femenina se inicia con un debate en el seno del mismo movimiento psicoanalítico sobre el primero de estos axiomas: la envidia del pene. Como lo ha observado Sarah Kofman, es "el equivalente de la multiplicación simbólica del pene del hombre"; es decir, la solución psicológica que tranquiliza al hombre de sus angustias de castración es la imposición a la mujer del reconocimiento de la omnipotencia fálica. Se trata de una tesis misógina, funcional en los tiempos en que nació, destinada a instalar en las mujeres la desvalorización de ellas mismas y de las demás mujeres, así como a frenar el empuje de la liberación femenina del siglo XIX. De hecho, Freud, basándose en esto último, extiende el concepto de homosexualidad al de "homosexualidad latente" atribuyéndola a las njujeres "ambiciosas, atléticas y agresivas" que han perdido su "feminidad" con sus características de pasividad, gentileza y timidez.

Lou Andrea Salomé dice:

El acto sexual representa para la mujer una totalidad indisociable de su ser psíquico y físico. Tal vez por esta razón vive el acto más allá de su simple cumplimiento, tanto en sus consecuencias como en sus anexos y conexos, que apenas afloran en los hombres.

Karen Horney fue, en 1920, una de las primeras mujeres que formó parte del Instituto Psicoanalítico de Berlín y más tarde del de Nueva York. Ella fue la pionera en rechazar las teorías freudianas sobre la feminidad, ya que reconoce "en la imagen de la mujer fálica un fantasma creado por el hombre, por el miedo que tiene del órgano genital femenino que es en sí un órgano negado". En su ensayo La génesis del complejo de castración en las mujeres (1923), Horney reexamina la diferencia femenina, estudiando la completa estructura de la personalidad sobre la base de una amplísima experiencia clínica. Asimismo, funda The Asociation for the Advancement of Psychoanalysis. Con nuevos criterios de investigación, cuestiona el concepto freudiano de envidia del pene procedente de una hipotética fase fálica de las niñas, que tomaba en consideración un solo órgano genital: el masculino; que consideraba al clítoris como falo y llegaba a sostener que éste tenía un "poder primario", negando la vagina de una forma implícita. Horney avanza del concepto envidia del pene hacia el concepto la envidia del hombre frente a la mujer, cosa que le viene confirmada en su experiencia de análisis a hombres, en los que encuentra constantemente una intensa envidia por el embarazo, el parto, la cría, la maternidad y el pecho, junto con el miedo de la "vagina desconocida" e "invisible".

Clara Thompson, en su ensayo La envidia del peñe en la mujer (1943), retoma el análisis de Horney y le recrimina a Freud que considere a la mujer como "el negativo del hombre" y le niegue una autonomía propia. Thompson reexamina críticamente la aceptación del rol femenino normal, según Freud, y lo denomina "el resultado de la resignación". Gregory Zilboorg afirma en Masculine and Feminine (New York, 1949) que el psicoanálisis del decenio 1925-1935 tiene el lastre del "prejuicio androcéntrico". De acuerdo con los estudios de Lester Ward, el prejuicio se convierte en una visión "ginecocéntrica": el hombre "débil e incapaz", envidioso, viola a la "madre primordial" y produce ese acontecimiento primitivo y bárbaro que Freud liga al asesinato del padre y que, en cambio, es la "violación primera". Este "acto sádico y fálico" le quita a la mujer el poder de elección sexual, el poder sobre sí misma y sobre la prole; determina una convulsión fundamental en la civilización. Esta teoría sobre las sociedades matriarcales, inspirada en Bachofen (Das Mutterecht, Krais and Hoffman, Sttugart, 1861) tiende a explicar las dinámicas profundas de las relaciones entre los sexos, afirmando que la envidia masculina por la mujer es más antigua y más fuerte que la femenina por el pene.

Una generación más tarde, Robert Stoller, desde el ángulo biológico-genético, dice en *The Sense of Femaleness* (1968): "El hecho anatómico genital es que desde el punto de vista embriológico el pene es un clítoris masculinizado; el hecho neuro-fisiológico es que el cerebro masculino es un cerebro femenino androgenizado". Erich Neumann, discípulo de Jung, define su investigación sobre la psico-

logía femenina (Zur Psychologie des Weiblichen; Zurich, 1953; Roma, 1975) como "una terapia de la cultura", ya que el sistema de valores unilaterales y masculino-patriarcales de la conciencia occidental, así como la fundamental ignorancia de la diferente psicología de la mujer han contribuido profundamente a la crisis de nuestro tiempo. "Tal diversidad debe ser redescubierta si lo femenino quiere comprenderse a sí mismo, pero también si el mundo masculino-patriarcal, enfermo de extrema unilateralidad, quiere curarse".

Janine Chasseguet-Smirgel retoma el tema de la envidia del pene: "la rivalidad con el padre en la niña está poco acentuada y no es simétrica con la rivalidad edípica del niño por la posesión de la madre. La niña en su amor homosexual por la madre, no se identifica con el padre". Por su parte, Smirgel desmiente la teoría freudiana: "la envidia del pene no es más que la expresión simbólica de otro deseo: la mujer no quiere ser hombre, sino desvincularse de la madre deviniendo completa, autónoma, mujer". Y agrega:

El lesbianismo es originado por el sentimiento de culpa edípico (no quitarle el padre a la madre, no incorporar el pene materno) y por la coacción de repetir: la mujer lesbiana renunciaría a gobernar y dirigir una situación infantil traumática sufriendo pasivamente, sin integrarlo activamente, lo que ha vivido en la relación con la madre.⁴

PRIMEROS ESTUDIOS SOBRE LA IDENTIDAD LÉSBICA

En 1929, Katherine B. Davis, al estudiar I 200 licenciadas universitarias solteras, descubrió que la mitad de estas mujeres vivían intensas relaciones emotivas con otras mujeres y que una cuarta parte practicaba el lesbianismo como actividad sexual. Entre 1948-1953 tanto el prejuicio sobre "la minoría" social del lesbianismo como el de la "psiquiatrización de la desviación" fueron radicalmente discutidos por el informe Kinsey, estudio estadístico hecho a 1200 estadounidenses de ambos sexos, de distintas edades y condición social. Los resultados fueron los siguientes: un 37% de los hombres admitió haber tenido experiencias homosexuales y el 28% de las mujeres aseguró haber tenido relaciones lésbicas. La encuesta revela, además, una frustración general en las mujeres heterosexuales y una dimensión de la sexualidad femenina (el orgasmo múltiple) netamente diferente de la del hombre.

La tentativa de tomar distancias de la tesis biológica enfatizada por Freud provoca una orientación antitética, basada fundamentalmente en el aspecto sociológico y cultural. Un primer ejemplo es *Un estudio psicoanalítico del lesbianismo* de Frank Carpio, realizado en 1954, que propone llenar una laguna sobre "la enfermedad desconocida" basándose en los casos estudiados por él mismo, que ejerce como psiquiatra y psicoanalista en el Walter Red Hospital. En opinión de Carpio, el lesbianismo "es un fenómeno más sociológico que psicológico", por lo que invita a "un control de la desviación" actuando sobre todo mediante "la información orientada". Carpio concluye que la "homosexualidad femenina es siempre un

síntoma, no una enfermedad. Esta es el resultado de una profunda neurosis acompañada de una satisfacción narcisista y de un estado de inmadurez sexual". La terapia debe tener como finalidad "ejercer influencia sobre la estructura de la personalidad".

Joyce Mc Dougall afirma que el lesbianismo es un componente normal del desarrollo femenino, una libido que deriva de la estructura biológica, pero que "debe" ser sucesivamente integrada en la vida heterosexual. La lesbiana rechaza esta integración y la angustia que puede derivar de esto provoca disturbios en la identidad sexual. La lesbiana descrita por Mc Dougall no tiene "un destino anatómico" que determina su sexualidad, no es "anormal" en sentido fisiológico o psíquico. No es su lesbianismo lo que la empuja a buscar ayuda psicoanalítica, sino la angustia y el sentido de culpa que van ligados a ese lesbianismo.

El informe final del grupo de investigación sobre la homosexualidad del Instituto Nacional Americano de Sanidad Mental sentenció en 1969 que

La homosexualidad no es un fenómeno unitario sino que representa un conjunto de fenómenos diversos que comprende una extensa gama de comportamientos manifiestos y de experiencias psicológicas... Contrariamente a la opinión ampliamente difundida según la cual todos los homosexuales y las lesbianas se parecen, tenemos que decir que en realidad son muy diferentes.

En 1973 la homosexualidad fue finalmente excluida de entre las enfermedades mentales repertoriadas en el Diagnóstico y manual de desórdenes mentales de la

Asociación Americana de Psiquiatría. Este organismo no considera la homosexualidad como un disturbio mental excepto la homosexualidad ego-distónica en la que la homosexualidad es una fuente y un motivo de sufrimiento provocando desarreglos emocionales, sentido de culpa, depresión, deseo obsesivo de una adaptación heterosexual.

LA DIFÍCIL PRÁCTICA DE LA DIFERENCIA SEXUAL

A partir de 1970, el psicoanálisis y la psiquiatría comienzan a afrontar con prudencia una reformulación del concepto de lesbianismo distinto al de homosexualidad. En 1968, Guy Rosolato, utilizando todavía el concepto de "enfermedad", plantea que es importante trazar la diferencia que separa al hombre de la mujer respecto de las perversiones sexuales, ya que no hay simetría entre ellos. Charlotte Wolf afirma que las lesbianas poseen un potencial amoroso más global y complejo que los homosexuales hombres, pues las mujeres están más cerca de esta condición natural y los sentimientos lésbicos tienen "características distintas" entre las que destaca "la intensa emotividad". El amor lésbico tiene estructuras distintas del amor heterosexual porque su "núcleo radioactivo reside en la emoción". En este sentido, Wolf adopta el término de amor "homoemocional"; para ella, "no es la homosexualidad sino la emocionalidad el centro de la auténtica esencia del amor de las mujeres por otras mujeres". Para Wolf, todas las mujeres son "físicamente bisexuadas" sin ser, por tanto, homosexuales por naturaleza. La esencia del lesbianismo es "el incesto emocional con la madre", mientras que la imagen paterna negativa refuerza esta tendencia y conduce a "una elección lésbica exclusiva".

Una investigación bastante amplia sobre el lesbianismo y la heterosexualidad femenina fue llevada a cabo por Grundlach y Riess en 1968. Estos investigadores dedujeron que "el significado de una relación entre dos mujeres es extremadamente diferente, depende en menor medida del sexo y en un mayor grado del calor, del contacto, del sentido de unidad". Para Fritz Morgenthaler (L'Omosessualità, Stoccarda, 1975), la discriminación del lesbianismo tiene diversos efectos que pueden asimilarse, en parte, a la discriminación general de la mujer. La fórmula simplista de que en la mujer es todo como en el hombre y de que simplemente basta con mirarlo desde el punto de vista opuesto, es una suposición gratuita. La experiencia psicoanalítica con mujeres lesbianas demuestra que la homosexualidad de la mujer requiere una consideración aparte.

En 1976, la sexóloga Shere Hite publica el siguiente resultado de una encuesta, efectuada a tres mil mujeres, en el *Informe Hite*: el 17% de las encuestadas fueron lesbianas, y éstas afirmaron que prefieren las relaciones sexuales con otras mujeres por la ausencia de institucionalidad, por la posibilidad de mayor afecto, sensibilidad, frecuencia orgásmica y paridad en la relación.

Una mujer lesbiana se encuentra frente al prejuicio provocado por la norma heterosexual, por el cual el lesbianismo es la enfermedad misma y se traduce en los conflictos que las lesbianas sienten ante las dificultades de aceptación de sí mismas. Las relaciones entre mujeres, sean o no explícitamente sexuales, tienden a ser pasadas

a través del filtro de una hetero-homo-sexualidad masculina socialmente construida y definida, ignorando la experiencia antitética. Al respecto, Adrianne Rich señala que "como la maternidad, el lesbianismo es una experiencia profundamente femenina, con significados específicos, con una específica opresión, con posibilidades específicas". Tal especificidad, sobre todo en lo referente a las neurosis, fue explicitada por D. Tanner, quien afirma que

las mujeres lesbianas son mujeres que deben afrontar todos los problemas que las mujeres desaparejadas afrontan. Así las lesbianas pueden ser definidas doblemente desviadas: como mujeres solas y como lesbianas, en una sociedad que considera desviantes ambas condiciones.

El trabajo de destrucción científica de la psique lesbiana ha durado casi dos siglos. A las lesbianas les espera la labor de reconstrucción de esta triple dimensión, aprendiendo el propió pasado para comprender el presente y proyectar el futuro. La experiencia de la "enfermedad" está impresa en la memoria social femenina, ya sea en la falsa imagen corpórea que la ha caracterizado o en las categorías intelectuales que la han interpretado. Esta memoria se inscribe en una patohistoria personal con infinitos matices de recuerdo: culpa, mutilación, función disminuida, sensación de síntomas, tabú, culto de la posesión terapéutica. Conocer las metamorfosis de identidad que, en el arco de la historia, las mujeres lesbianas han atravesado y que se reflejan en la propia historia personal, es indispensable para la construcción de una

identidad lésbica y femenina contemporánea. Retomando a Luce Irigaray:

Lo que debemos hacer es descubrir nuestra propia identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro erotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestro lesbianismo. Sin olvidar que a las mujeres, el primer cuerpo que les interesa, el primer amor que les interesa es un amor materno, es un cuerpo de mujer, las mujeres están siempre —a menos que renuncien a su deseo— en una relación arcaica y primitiva con eso que se llama lesbianismo. Mientras que los hombres están siempre normalmente en la heterosexualidad porque su primer objeto de amor y deseo es el cuerpo de una mujer. Para las mujeres la primera relación de amor y deseo se dirige hacia el cuerpo de una mujer. Y cuando la teoría psicoanalítica dice que la niña debe renunciar al amor de y por su madre, al deseo de y por su madre, para entrar en el deseo del padre, somete a la mujer a una heterosexualidad normativa corriente en nuestras sociedades, pero completamente patógena y patológica. Buscamos también descubrir la singularidad de nuestro amor por las mujeres, lo que se podría llamar lesbianismo secundario. Con este término busco simplemente designar una diferencia entre el amor arcaico por la madre y el amor por las otras mujeres hermanas.5

Así, recorrer las teorías sobre las lesbianas puede contribuir a deshacerse de los fantasmas, prejuicios y miedos que "subsisten todavía en el espíritu de las les-

bianas y otras mujeres" (Gudrun Schwarz), al confesar la elección de vivir las posibilidades de una diferencia sexual que siglos de patriarcado no han conseguido destruir.⁶

La literatura lésbica⁷

Referíamos que las primeras evidencias sobre escrituras de lesbianas datan de cuatro milenios a. C. Nacida en Eresos, ciudad de la isla de Lesbos, en el siglo VII a.C., Safo, décima musa y sacerdotisa al servicio de las musas, concibe como ideal que las muchachas, en el lapso que las separa de la casa materna y de la vida matrimonial, reciban la educación poética que elevará a la más alta nobleza el alma femenina, camino a la formación de la personalidad. En todo ello está presente el poder de Eros que une las fuerzas de las almas.8 La lírica sáfica tiene sus momentos culminantes cuando solicita el corazón áspero y todavía no abierto de una muchacha en la despedida de una compañera querida que se ve obligada a abandonar el círculo para volver a su tierra o para seguir al hombre que la ha pedido como esposa —lo cual, en aquel tiempo, nada tenía que ver con el amor— o, finalmente, en el recuerdo anhelante de una compañera lejana que, paseando en la tarde por el silencioso jardín, invoca en vano el nombre de la perdida Safo. El eros sáfico afecta los sentidos del alma: existe la certeza de una plenitud sentimental, fruto de una naturaleza indivisa en la que el matrimonio por amor es inconcebible, puesto que no existía todavía el concepto de "amor hacia el hombre".9 En 1073, la Iglesia ordenó quemar en Roma y en Constantinopla todas las copias de sus poemas, de los que sobreviven menos de un tercio, reconstruidos a partir de remotos pergaminos.

Más tarde, aunque Carlomagno les prohíbe a las monjas que compongan canciones de amor, a lo largo de toda la Alta Edad Media se popularizan los *Lais* de María de Francia tanto como el cancionero medieval japonés, el *Manyoshu*. Los únicos versos eróticos explícitos de ese periodo provienen de dos monjas de un monasterio de Baviera:

Cuando recuerdo los besos que me disteis Y la forma en que con tiernas palabras acariciasteis mis pequeños pechos Quisiera morir Porque no os puedo ver...

EL MITO DE LA IMPUNIDAD LÉSBICA

Con el aumento de la represión a fines del siglo XIII, la temática homoerótica en la literatura —escasa de por sí—, queda confinada a diarios, cartas o documentos médicos y jurídicos. Desde la Baja Edad Media se buscó codificar el delito entre mujeres y, aunque consideradas más lascivas que los varones, costó admitir la atracción y práctica erótica entre ellas. Santo Tomás de Aquino condena "la cópula indebida con el mismo sexo", pero Dante no incluye a las que pecan contra natura ni Boccacio las menciona en sus cuentos.

Siguieron siglos de confusión entre los teólogos, en los que abundaron los procesos y condenas por un delito nunca bien especificado, hasta que, a finales del siglo XVII,

el clérigo italiano Sinistrari concibe una descripción graduada. La sodomía faeminarum se agravaba desde el tribadismo o frotamiento de las partes, asociado con el onanismo, hasta la penetración con godemiches u otros objetos que remedan al falo. En su alegato, el sacerdote apoya esta fantasía sodomita y pone de ejemplo a los egipcios, quienes amputan a las mujeres el clítoris para impedir que las mujeres de matrimonios polígamos formen uniones sexuales entre sí, en la intimidad del harén o del hogar con varias esposas. En 1791, la Asamblea francesa derogó el delito de sodomía entre adultos que consienten, pero en Inglaterra las ejecuciones continuaron hasta 1835.

EL TRASVESTISMO

Ocultaron su sexo con prendas viriles para evitar asaltos y, trasvestidas, poder inspirar en las otras mujeres valor, coraje y estrategia; no obstante se mantuvieron vírgenes la "doncella" de Orleans, Juana de Arco y la española Catalina de Erauso, la monja alférez, usando para sí la denominación masculina. George Sand, quien experimentó el trasvestismo, observó: "Mistropas no conocían el miedo". Pero las que llegaban a casarse con otra mujer, pagaban caro ser descubiertas. Pocas quedaron impunes, a salvo de su rango. La reina Cristina de Suecia abdicó en 1671 con tal de no casarse.

LA AMISTAD ROMÁNTICA

El Renacimiento renovó el interés por las ideas de la antigüedad clásica, y el tema del amor platónico, central entre los escritores del periodo, despertó ansias de emulación. Y aunque este amor de amistad ignora el aspecto genital, el lenguaje en que se expresa no es menos erótico. Madame de la Fayette, autora de *La princesa de Cleves*, le escribía a Madame Sevigné en 1691: "Creedme sois la persona que más he amado de verdad en el mundo". Por los mismos años, en México, Sor Juana Inés de la Cruz se dirige a la virreina en estos términos:

Así cuando yo mía te llamo, no pretendo que juzguen que eres mía, sino solo que yo ser tuya quiero.

La amistad romántica se generalizó entre mujeres a lo largo de los trescientos años siguientes, y con ellas alcanzó el esplendor. Escritoras de distintas épocas, siglos y culturas, como Madame de Staël, Mary Wollstocraft, George Elliot, Bettina von Arnim, Carolina de Günderode, Flora Tristán o Marina Tsvietáieva, extrajeron fuerzas y estímulos de tales amistades.

EL MATRIMONIO BOSTONIANO

A mediados del XVIII, la amistad romántica era ya una institución en ambos lados del Atlántico y un tema de moda en la literatura. En 1761, Sarah Scott publicó en

Londres su propia historia novelada Description of Millenium Hall, obra que tuvo cuatro ediciones en menos de quince años, y se consagró como el vademecum del tema. Otra historia real fue la de las damas Llangonen, quienes escaparon disfrazadas de hombres y vivieron 50 años juntas, hasta su muerte, compartiendo "una misma cama, bolsa y corazón".

El Boston marriage, o matrimonio bostoniano fue un término utilizado en Estados Unidos, durante el XIX, para nombrar un tipo muy extendido de relación monógama entre dos mujeres que, como señala Lilian Fademan, solían ser pioneras en su profesión. En su novela Las bostonianas, Henry James recreó, en parte, esa poderosa unión emocional, libres de los roles domésticos en la que cada participante volcaba su energía y atención en la otra.

Los sexólogos y el lesbianismo

En 1869, el psiquiatra Von Westphal describe el primer caso clínico de una "invertida congénita". La anormalidad de esta paciente que desde los ocho años prefería vestir pantalones, entretenerse con juegos de ingenio y acariciarse con sus compañeras, no era debido a su aburrimiento con la costura y las muñecas, sino a una degeneración hereditaria.

Krafft-Ebing y Havelock Ellis, entre los más influyentes, elaboraron una sintomatología de las mujeres que rechazan el rol femenino, mezclándola con la de enfermas psicóticas —asesinas y suicidas conocidas de la época—que conformaban una patología "lesbiana". Así, entra esta categoría en la historia con una escala ascendente de

perversión, que va desde las amigas apasionadas entre sí, —más por ignorancia de su sexualidad que por valores espirituales—, hasta las invertidas activas. Se rompía un silencio de siglos a la par de los estertores de la era Victoriana y, al menos —observa Foucault— esos mismos discursos sexológicos sirvieron para reclamar la legitimación de tales conductas, pues ni el género era algo dado, natural. ¿Cómo se justificaba la existencia de un tercer sexo de acuerdo con la clasificación de algunos?

Radclyffe Hall, escritora de prestigio dentro de la sociedad literaria inglesa, publicó en 1928 El pozo de la soledad, cuya heroína carga con el estigma de la lesbiana masculina. Stephen, hija de un padre que deseaba un varón, recibe una educación acorde con su apodo varonil. Pronto es rechazada por su madre, que ve rota la continuidad de su especie y no se identifica con la joven vestida con sobrios trajes sastre, culta y atlética. Stephen busca afecto de otras mujeres hasta que descubre en la biblioteca del padre muerto el manual de Krafft-Ebing, en el que halla su propia descripción entre los casos. Se exilia en París, donde se une a una mujer joven y femenina, pero los escrúpulos morales, unidos a la exclusión social, pueden más y, simulando una infidelidad, empuja a su pareja —la que, por cierto, no parece muy convencida a casarse con un hombre. La novela fue declarada obscena y su autora llevada a juicio por los Tribunales. Cuando su abogado quiso atenuar las consecuencias, al esgrimir la figura de la amistad romántica entre las protagonistas, Radclyffe Hall se opuso y defendió incondicionalmente ante el gobierno británico el derecho a explicitar el deseo de su heroína. Sea cual fuere éste, era la primera vez que una voz de mujer se alzaba para reclamar la legitimidad

de su discurso sexual, en un tiempo en que el deseo y su relato eran aún una prerrogativa masculina.

A pesar de la amargura que sumerge a Stephen en El pozo de la soledad, la novela es una brecha abierta, al hacer visible a un personaje hasta entonces negado y con el que se continúan identificando importantes minorías de lesbianas. Para muchas lesbianas, El pozo de la soledad fue el primer contacto con un mundo que develaba una existencia lésbica más allá de la suya o de su soledad. Sirvió para el reconocimiento de cientos de identidades, aunque la novela ofrece una alternativa dramática como única posibilidad para quienes asumen esa identidad prohibida. Históricamente se reconoce El pozo de la soledad como un parteaguas en la literatura lésbica, ya que permitió tocar el tema con nombre propio. Más allá de su inactualidad en el plano de las ideas y de los sentimientos, y a pesar de que refleja el estereotipo masculino de la imagen lésbica, esta novela no es únicamente una curiosidad histórica porque —igual que toda mujer, debe tomar en cuenta la ruptura, desde la raíz, de la propia identidad-- la mujer lesbiana debe considerar la distorsión interiorizada de su propia imagen y el profundo sentido de culpa relacionado con la liberación del eros, que provoca su exposición; por lo tanto, la mujer lesbiana debe descender al pozo de la soledad para poder reaparecer.

Coetánea de Radclyffe Hall, Virginia Woolf se pronunció públicamente en favor de sus ideas lésbicas, aunque no compartía sus concepciones literarias. Mientras el modelo de lesbiana que Hall ofrecía confirmaba la idea de una mente masculina encerrada en un cuerpo de mujer, Woolf intentaba reelaborar una tradición de mujeres que desmitificara el eterno femenino. En *Una habitación propia*, Woolf desarrolló su teoría de una literatura sutil, con múltiples perspectivas y pautada según los ritmos del cuerpo y del inconsciente. En 1920, conoció a la escritora Vita Sackville West, aristócrata y madre de dos hijos, con quien entabló un fogoso y breve encuentro sexual, seguido de una larga fidelidad amistosa. Asimismo en el interín, Woolf halló la inspiración para escribir el maravilloso *Orlando*. Transexual y eterno, el personaje, a lo largo de su vida, alterna las experiencias de ambos sexos: discursos, carácter, vestimentas, en una suerte de "desconstrucción" regocijada de roles, en el tránsito sin fin del andrógino.

Tanto Virginia Woolf como Vita estaban casadas y se vestían y comportaban, en público, de acuerdo con una imagen heterosexual femenina. Radclyffe Hall, en cambio, no se había casado nunca ni había tenido relaciones de tapadera o de protección con hombres; se vestía con ropas masculinas, tenía amantes conocidas, no dependía de nadie, cabalgaba, conducía automóviles... En resumen, era extremadamente "anormal" y visible, tanto como su libro. El escándalo era su vitalidad, su estilo y el secreto de su supervivencia como lesbiana.

LA INFLUENCIA FRANCESA

Natalia Barney, escritora norteamericana que se instaló a comienzos del siglo XX en París, conocida como "la Amazona", fue la figura más significativa de ese periodo por su incesante esfuerzo normalizador de la imagen pública del lesbianismo. El esterotipo en boga era el ser patológico y decadente. Renée Vivien narró el despertar de su incli-

nación en los brazos de Barney y, sobre todo, en Una mujer apareció ante mí. Tiempo después se suicidó, víctima de los excesos de esa estética que asociaba el mal con la homosexualidad. La Amazona, movida por el final de Vivien, analizó el tema en su novela Una que es legión. Así, fue su propia vida el nuevo modelo para lesbianas y escritoras: fuerte e independiente, nunca ocultó sus preferencias. Esto no le impidió mantener durante 60 años el salón literario más grande de Europa, así como un círculo satírico reservado a las amigas para exaltar la belleza y la sensualidad. Barney también fundó una Academia de Mujeres que dio a conocer los trabajos de escritoras de diferentes idiomas, en vista de su exclusión de las academias de la lengua. En los Pensamientos de una Amazona, esta escritora transmite su perspectiva del amor, que a diferencia de la norma masculina, libera a las mujeres del contexto enfermizo del siglo XIX.

Djuna Barnés escribió un Almanaque de las mujeres, en el que, a la manera de los antiguos cancioneros medievales, mes tras mes, consigna vida y hazañas del círculo sáfico de la Rue Jacob. En El bosque de la noche, obra dedicada a Peggy Guggenheim, su amiga y mecenas, no quiso sacar a sus protagonistas de la negatividad, pero las hizo sujetos activos de su propia angustia.

Gertrude Stein, quien también tuvo en París un salón literario, escribió Quod erat demostrandum (QED), texto que luego publicó con el título de Las cosas como son, y que cuenta la dolorosa salida del clóset de su protagonista, mujer involucrada en un triángulo con otras dos mujeres. La norteamericana Hilda Doolittle, conocida como HD, fue una de las fundadoras del Modernism poético. Marguerite Yourcenar, la admirable corresponsal de La

Amazona, eligió sucesivas figuras de homosexuales masculinos para erigir su obra con una belleza clásica. La ausencia de trabajos sobre su propia elección sexual —vivió con su traductora y amante varias décadas, hasta la muerte de ésta— quizá se explique porque Yourcenar creía que un poeta debe dejar rastros de su pasaje, no pruebas.

LA INFLUENCIA DEL FEMINISMO

Las décadas siguientes se precipitaron vertiginosas y las lesbianas unieron sus fuerzas a las de las feministas para sacudirse el estigma de vicio y enfermedad que las hacía presa fácil de chantajes en los empleos y de la exclusión de la vida pública. Esta necesidad de normalización, aún pendientes en sociedades menos evolucionadas, requiere una primera etapa de visibilidad.

Análisis pioneros, como los de Simone de Beauvoir en El segundo sexo (1949) o los de Betty Friedman en La mística de la feminidad (1963), hallaron en el sometimiento sexual y doméstico las limitaciones femeninas capaces de volver en favor del lesbianismo a las mujeres necesitadas de tiempo y autonomía para realizar sus proyectos.

La idea de que el lesbianismo no proviene de un trauma infantil y de que tampoco está relacionado con la conducta sexual desviada, como mantenía Freud, fue formulada por un médico freudiano: Alfred Adler. Al igual que con otros aportes de sus discípulos, Freud centró el problema en la "envidia del pene" y redujo el conflicto al plano sexual, mientras que Adler sostenía que eran el poder, la libertad y los privilegios lo que esas ciudadanas

de segunda envidiaban del hombre. El acento puesto en la elección sexual, por parte del padre del psicoanálisis, remachó las teorías de la vieja psiquiatría y, en tanto relato fundador, la sociedad reconoció el lesbianismo por una sola de sus características, en detrimento de otras más peligrosas para el sistema. Por ello, parafraseando a Toril Moi, sigue siendo políticamente esencial defender a las lesbianas, con el fin de contrarrestar la opresión machista que las somete.

Hacía falta una identidad que no confundiera a las instituciones. Las novelas, ensayos y revistas de los años cincuenta, sesenta y setenta tuvieron como denominador común las narrativas personales de "salida del clóset", que ilustraban el proceso de cómo ser algo de lo que no existe nada aún. La alemana Verena Stefen, en su novela Muda de piel, muestra las vicisitudes del cambio de objeto erótico de una mujer heterosexual. Rita Mae Brown, escribe la novela más popular del periodo, Frutos de rubí (1973), en la que se muestra que el problema es de la estúpida sociedad y se devela la hipocresía de las relaciones heterosexuales, tanto de clase como de cama. En la misma línea, y con parecido humor y maestría, Sheila Ortiz Taylor triunfa con Terremoto. El mismo año, Jill Johnston reúne sus artículos del periódico Village Voice en un libro: Lesbian Nation. Estas personalísimas crónicas son de indiscutible valor político y literario, pues carecen de autocensura.

Sobre mentiras, secretos y silencios

Por los mismos años, la poeta Adrienne Rich, autora reconocida, declina sus "privilegios" como escritora y ma-

dre blanca de la buena sociedad de Boston para unirse al movimiento feminista-lesbiano. En 1973, gana el Premio Nacional de Literatura con Buceando hacia los restos del naufragio, el cual acepta con la condición de compartirlo con las dos finalistas afroamericanas: Audre Lorde y Alice Walker. Rich extrajo de esa ininterrumpida continuidad de la solidaridad entre mujeres la idea de una identidad lesbiana transhistórica, plasmada en su Heterosexualidad compulsiva y existencia lesbiana, ensayo paradigmático de los años setenta, dadas las tendencias antagónicas que promovió y el origen de los posteriores debates de los ochenta. André Lourde, quizás la mejor poeta lesbiana del siglo, madre, lesbiana y sobreviviente de cáncer de pecho, crea la tradición que le permitirá imaginar el futuro en ausencia de las precursoras:

No había madres, ni hermanas, ni heroínas. Teníamos que hacerlo todo solas, como nuestras hermanas amazonas, que cabalgan en los remotos confines del Reino Dahomey.

Lourde cuenta lo que significa "salir del clóset" como mujer negra y lesbiana inmersa en la cultura de los bares gay de los cincuenta, dominados por las blancas.

GINECOTOPÍAS

En Francia, luego de mayo del 68, surge el movimiento feminista. El riquísimo debate francés se resume en dos tomas de posición: la teoría de la diferencia creada por la filósofa y psicoanalista Luce Irigaray, expulsada por Lacan,

debido a su texto Antígona frente a la ley, y la teoría materialista de la igualdad, que aborda diferentes figuras femeninas, desde Olimpia de Gouges, guillotinada por la Revolución Francesa, y Simone de Beauvoir, hasta Christine Delphy, entre otras.

Pero la poeta que sobre las ruinas alza un mundo inédito es Monique Wittig, para quien la literatura es como un caballo de Troya. Su primera novela, El opoponax, obtuvo el premio Médicis en 1964; después le siguieron Las guerrilleras (1969) y El cuerpo lesbiano (1973). Esta última obra constituye una intensa epopeya en prosa que surca el tiempo y el espacio de variados léxicos, enunciados, en su totalidad, en femenino. Por su poder y riqueza, el texto universaliza la voz lesbiana: una categoría inaudible hasta entonces. Asimismo, asienta la soberanía de este sujeto. El cuerpo/corpus lesbiano no describe un tercer sexo ni trasciende la binariedad hombre/mujer, sino que la presupone, y ya interiorizada, se prolifera y disemina hasta perder sentido. Este universo ha inspirado a teóricas del conocimiento, en especial a Teresa de Lauretis, quien de su libro Alicia, ya no extrae su concepto de lesbiana: mujer situada fuera del contrato heterosexual, excedente de las categorías de género y posicionada en un espacio propio contradictorio en el aquí y el ahora, que necesita ser afirmado, pero no resuelto, pues ella es excéntrica al sistema.

LAS HISPANAS ESCRIBEN

En lengua española, Esther Tusquets escribe El último mar de todos los veranos. En 1981 aparece En breve cárcel, de

la argentina Silvia Molloy, residente en Estados Unidos. En México, Nancy Cárdenas, pionera de la lucha lésbicohomosexual, publicó Cuadernos de amor y desamor, poesía recopilada entre 1968 y 1993; fue directora de teatro, y, desde las tablas, fomentó el cambio de la cultura mexicana, tocando casi siempre el tema de la homosexualidad y el lesbianismo. Rosa María Roffiel publica, en 1989, Amora, que, al igual que El pozo de la soledad, en Europa se ha convertido en una novela clásica porque tiene una estructura novedosa: leve e intrascendente que la convierte en cercana y cotidiana. De tal modo, Amora es para cientos de lesbianas latinoamericanas, el primer contacto que devela una existencia lésbica ya no dramática, sino gozosa y fresca. Sabina Berman sorprendió con su libro de poesía Lunas en 1988. Sara Levi Calderón publicó, en 1990, Dos mujeres, mientras que Reyna Barrera escribió Material del olvido (1992), A flor de piel (1996) y Siete lunas para Sandra (1997). Victoria Enríquez sorprendió con su libro de cuentos Con fugitivo paso... (1997); Silvia Morán, con Ella es la tristeza; Pat Sánchez publicó Y esta danza de cuervos en mi estómago, y Melissa Cardosa, Textos zafados. En Perú, Violeta Barrientos dio a luz Elixir (1991), El innombrable cuerpo del deseo (1992) y Tras la puerta (1994).

En Argentina, destaca la poeta Diana Bellessi. En novelas, Alejandra Pizarnik triunfa con La condesa sangrienta (1971), Reina Roffé con Monte de venus (1976) y con El cielo dividido (1995). María Moreno publicó El affair skeffington (1992); Griselda Gambaro, Lo impenetrable (1984); Tununa Mercado, Canon de alcoba (1988); Susana Torres Molina, Dueña y señora (1983), y Claudina Marek, Amor entre mujeres (1995).

Lesbianas latinas en Estados Unidos también han resaltado, como Juanita Ramos con Compañeras latinas (1987). La primera compilación sobre testimonios, poesías y relatos de latinas que viven en Estados Unidos fue realizada por Cherrie Moraga y Ana Castillo, quienes editaron Esta puente, mi espalda (1988), una selección de poesía, prosa y ensayo en la que hay una gran participación de lesbianas. Aunque en inglés, destaca la chilena, Mariana Romo-Carmona con Living at Nigth (1997) y Speaking Like an Immigrant (1998). Últimamente, la colombiana Tatiana de la Tierra sobresalió con su libro Para las duras (2003).

EL LESBIANISMO COMO PRÁCTICA POLÍTICA

El pensamiento lesbiano ubica la sexualidad desde una posición de enunciación. Aunque otras pensadoras (Kollontay, Kelly, Jonasdóttir) han escrito sobre la sexualidad, no han desarrollado desde ella un modelo de acción política ni de análisis de la sociedad. La sexualidad entendida como práctica erótica y postura política, es decir, como un paradigma social que no solamente tiene que ver con la relación amorosa o con lo que se ha denominado la sexo-política, es un planteamiento que convierte al lesbianismo en una postura política. Victoria Sau ha definido la sexualidad como

una adquisición cultural propia de la especie humana. La sexualidad masculina es de carácter instintivo, tiene por objeto la procreación, y se satisface en un breve espacio de tiempo, la mujer puede permitirse el gran gesto cultural de separar sexualidad de reproducción, placer personal de servidumbre de la especie. 10

Para esta autora, la sexualidad como tal no existe en el patriarcado, ya que el modelo de sexualidad es el masculino, basado en un solo órgano, el del varón, y en la función reproductora del mismo. La mujer, entonces, se pregunta: ¿qué relación puede tener un imaginario de la sexualidad femenina con un modelo de interpretación de las relaciones sociales y de su historia?, ¿cómo se hace desde la sexualidad un lugar de enunciación?, ¿la relación amorosa define una identidad femenina?

En el pensamiento feminista lesbiano, con la influencia de la segunda ola del feminismo, a partir de los años setenta, las pioneras manifiestan que el primer proceso consistió en darle un sentido a una estructura de identidad colectiva en la que feministas lesbianas del mundo pudieran reconocerse. Esto requirió, a su vez, un apoyo a la identidad colectiva en una historia; dicho de otra manera. nombrar el amor entre mujeres como relación social y política. Para Milagros Rivera, el lesbianismo se trata de una forma de deseo femenino que amenaza seriamente la estabilidad del modelo de sexualidad reproductiva que ordena los sistemas de parentesco. En tal sentido, la posición de las mujeres lesbianas es distinta a la de las heterosexuales, ya que las primeras carecen de modelo simbólico en el sistema de géneros, mientras que las segundas reciben, para que lo hagan propio, durante la socialización, un modelo femenino pensado por hombres y puesto al servicio del orden dominante. Afirma que no existen modelos para las mujeres en los que ellas puedan reconocerse en libertad. La carencia de modelo simbólico

no quiere decir que no hayan existido lesbianas con conciencia clara de sí a lo largo de la historia, sino que existe una genealogía, una historia que se conoce a retazos, más que nada por las normas promulgadas y por las acciones tomadas desde los poderes públicos y privados para reprimirlas. En la mayoría de los casos, esta historia es recogida como un apéndice indiferenciado de la homosexualidad masculina.¹¹

El segundo paso fue darle a la identidad recuperada una dimensión política pública, una existencia pública al amor entre mujeres definido ahora como relación social. Charlotte Bunch, una de las pioneras en la etapa del 68, sostuvo que el lesbianismo no es una postura sexual sino una postura política, y acuñó, entonces, la siguiente frase: "lo personal es político". Bunch afirma que la mujer que da apoyo y amor a un hombre perpetúa el sistema que la oprime, aceptando su estatuto de segunda clase. El lesbianismo es más que una preferencia sexual: es una opción política porque las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones que implican poder y dominio. Así, la lesbiana rechaza activamente y escoge a las mujeres, desafía el sistema político establecido que obliga a que las relaciones entre hombres y mujeres sean relaciones de dominio, basadas en la división del trabajo en razón del sexo y en la imposición de la sexualidad reproductiva; y seguidamente, marca sexuadamente trabajos cuyo ejercicio nada tiene que ver con el sexo de quien los desempeñe.

Esta visión fue ampliada por Catharine MacKinnon quien opina que la división del trabajo por razón de sexo no basta para explicar la subordinación de las mujeres y que es necesario un análisis de la construcción social de

la sexualidad en los sistemas políticos. Afirma que la sexualidad (heterosexual por definición en las sociedades históricas conocidas) ha producido una epistemología que fundamenta el Estado mismo a través de la ley, una epistemología en la que las mujeres no debemos participar porque no estamos invitadas al banquete del saber. Por tanto la sexualidad no está confinada como placer o acto ostensiblemente reproductivo, sino que es concebida como un fenómeno social mucho más amplio. La experiencia del poder en su forma sexuada, como jerarquía social, la identificación de la ubicuidad, la importancia de la complicidad entre el Estado y la sexualidad masculina reproductiva, completaron el proceso de dar a la subjetividad lesbiana una dimensión política pública, aunque fuera por exclusión. En la lucha por la abolición del patriarcado, las lesbianas buscan una definición de una nueva subjetividad femenina.

Las obras de Monique Wittig y Adrianne Rich desconstruyen la institución de la heterosexualidad. La primera afirma que

la consecuencia de la tendencia al universalismo es que la mente heterosexual no es capaz de imaginar una cultura, una sociedad en que la heterosexualidad no ordene, no sólo todas las relaciones humanas sino también la producción misma de conceptos y todos los procesos que eluden la conciencia.

En Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence, Adrianne Rich definió el concepto y la institución "heterosexualidad obligatoria" como del dominio masculino

(man-made) que garantiza un modelo de relación social entre los sexos, en la que el cuerpo de las mujeres es siempre accesible para los hombres. Rich cuestiona que la heterosexualidad sea una "opción sexual" o una "preferencia sexual", sosteniendo que no existen ni opción ni preferencia reales en las que una forma de sexualidad sea precisamente definida y sostenida como obligatoria. Las otras formas de sexualidad no deben ser comprendidas como alternativas libres, sino como vivencias, fruto de una lucha abierta y dolorosa contra formas fundamentales de opresión sexual social. Rich niega que la heterosexualidad sea el resultado de una opción libre, sin la intervención de presiones sociales, lo cual no significa que la heterosexualidad sea necesariamente opresiva, en sí misma, para las mujeres; lo que resulta opresor es su obligatoriedad social y políticamente sustentada, de ahí que la heterosexualidad y la maternidad sean reconocidas y estudiadas en tanto instituciones políticas.

El concepto de heterosexualidad obligatoria ha sido ampliado por Janice Raymond al definir la heterorrealidad como la visión del mundo de que la mujer existe siempre en relación con el hombre; se sustenta en las heterorrelaciones que expresan la amplia gama de relaciones afectivas, sociales, políticas y económicas establecidas entre hombres y mujeres por hombres. El modelo dominante de relaciones entre los sexos en el orden patriarcal está peligrosamente desequilibrado en beneficio de los hombres y, especialmente, de los heterosexuales.

Sara Lucia Hoaghland matizó el concepto de heterorrealidad y habla del heterosexualismo, que es una relación económica, política y emocional concreta entre

hombres y mujeres: los hombres deben dominar a las mujeres y las mujeres deben subordinarse a los hombres en cualquiera de una serie de formas. En la heterorrealidad, la homosexualidad marca los límites de esa realidad que le permiten a la heterorrealidad definirse y sustentar la definición de sí, coherentemente, según las pautas de la racionalidad. El lesbianismo, por su parte, marcaría el límite de los límites, un límite que algunas autoras han identificado como el horizonte implícito de algunas propuestas feministas contemporáneas de subjetividad femenina.13 Una subjetividad femenina cuyo reverso sería lo indecible, la figura imposible de transformar en sujeto, the object frente a the subject, las que no están ni nombradas ni prohibidas en la economía de la ley. Un ejemplo de estas figuras límite es el de Catalina de Erauso y muchas mujeres que tuvieron que trasvestirse y jugar un rol masculino para establecer una mediación válida y potente con la heterorrealidad, una mediación para poner en práctica su deseo personal de libertad en el mundo y ahorrar muertes en manos de la Inquisición o de cualquier otro brazo ejecutivo de ese Estado que, como dice Catharine MacKinnon, impone una epistemología opacamente viril.

Adrianne Rich acuñó además dos conceptos vinculados entre sí: "continuum lesbiano" y "existencia lesbiana". Ambos sugieren tanto el hecho de la presencia histórica lesbiana como nuestra continua creación del significado de esa existencia. "Continuum lesbiano" incluye una gama de experiencias identificadas con mujeres: compartir una vida interior más rica, así como expresar la solidaridad contra la tiranía masculina que ha estado fuera de nuestro alcance a consecuencia de las limitadas

definiciones, clínicas en su mayoría, de "lesbianismo". En este continuum podrían incluirse prácticamente todas las formas históricas de resistencia femenina contra el modelo de relaciones sociales entre los sexos que sustenta el orden patriarcal: desde Safo hasta las amistades inseparables de las niñas, las comunidades de resistentes al matrimonio en China, las spinsters de la Inglaterra decimonónica o las redes de solidaridad entre mujeres para sobrevivir en África.

Milagros Rivera identifica dos posturas en el desarrollo teórico lésbico, aunque no contrapuestas. Una plantea que el lesbianismo no se reduce al deseo genital por otra mujer, sino que incluye otras formas de identificación con mujeres sin que éstas sean lo fundamental. Se sitúa aquí Monique Wittig cuando afirma que las lesbianas no son mujeres; mujeres serían quienes se atienen al sistema de géneros, pensamiento y orden social masculino. En la misma línea está la crítica lésbica norteamericana que sitúa la homosexualidad en los límites de la heterorrealidad. De ahí que la crítica al "fundamentalismo heterosexual", que hace Teresa de Lauretis, cuestione que la crítica feminista sea realmente feminista, al sugerir que tiene inversiones fuertes en la heterorrealidad porque la crítica no sale de ella. 14 También Hanna Hacker critica la obra de la librería de mujeres de Milán, Non credere di avere dei diritti, de no nombrar la experiencia lésbica y de no confrontar la teoría lésbica. 15 En la misma línea se sitúa Mauren Lister, quien critica al movimiento feminista de los setenta por no dar protagonismo suficiente al deseo erótico lesbiano, que es el que le proporciona al pensamiento de la diferencia sexual su filo auténticamente radical.

La segunda postura en la línea de un "continuum lésbico", de acuerdo con los términos de Rich, tiene sus huellas en la obra de Luce Irigaray, El cuerpo a cuerpo con la madre, donde propone descubrir nuestra identidad sexual, la singularidad de nuestro autoerotismo, el narcisismo y nuestra homosexualidad, dado que el primer cuerpo y amor con el que se tiene contacto es el maternal, un cuerpo de mujer. Así, las mujeres mantienen una relación primaria y arcaica con lo que se denomina homosexualidad. 16

Entre estas dos líneas de pensamiento se encuentran Sabine Hark, que critica la ausencia lésbica en el pensamiento feminista dominante, pero no aboga por un separatismo sino por una convivencia entre identidades y diferencias. Judith Butler, una autora del lenguaje académicamente posmoderno, influida por Foucault, critica la categoría de género como categoría globalizante de la problemática de las mujeres en general; opina que su construcción está centrada en el marco de la heterosexualidad; de ahí que no explique las dinámicas lésbicas. Rechaza cualquier categorización totalizadora del yo lesbiano porque afirma que la construcción de identidad se basa en exclusiones que crean cada vez exclusiones nuevas. Al respecto se pregunta: ila exclusión puede convertirse en aglutinador punto de resistencia?¹⁷ Butler opina que las identidades de género, el ser "hombre" o "mujer" tal como las conocemos, son necesarias para la perpetuación e inteligibilidad del sistema de géneros, y no al revés, como se pensaba antes. 18 Cuando Monique Wittig escribe que las lesbianas no son mujeres, está diciendo (entre otras cosas) que sólo son mujeres las que viven de acuerdo con el sistema de géneros patriarcal y

con su orden simbólico. Por tanto, es posible construir el cuerpo sin género: ni femenino ni masculino. "Mujeres serían las que se atienen al sistema de géneros, que es pensamiento y orden masculino", con esta cita, Wittig afirma que ser mujer implica la construcción de la identidad de acuerdo con una sobredeterminación social masculina y heterosexual. Del mismo modo, afirmó, en Un amor que se atrevió a decir su nombre, que el cuerpo como constructo social ha sido modelado a través, de la historia con base en los mandatos estéticos masculinos y heterosexuales de cada época. Las lesbianas, al encontrarnos fuera de la lógica masculina y heterosexual, construimos y vivimos en un cuerpo de lesbiana, es decir, somos lesbianas en cuerpo de lesbianas. La construcción de nuestra identidad, de nuestros cuerpos, de nuestra sexualidad y nuestra lógica de pensamiento es diferente a la lógica cultural del fundamentalismo heterosexual. 19 Habrá quienes se sientan incluso disidentes de las sobredeterminaciones corporales de la femineidad, o para quienes la función reproductiva llega a ser un obstáculo:

La mente heterosexual no es capaz de imaginar una cultura, una sociedad en que la heterosexualidad no ordene no sólo todas las relaciones humanas sino también la producción misma de conceptos y todos los procesos que eluden la conciencia. La retórica que los expresa (y cuya seducción no desestimo) se envuelve en mitos, recurre al enigma, procede con la acumulación de metáforas, y su función es poetizar el carácter obligatorio de "serás-heterosexual-o-no-serás". ²⁰

La heterosexualidad obligatoria afecta a hombres y mujeres mediante su definición y la limitación de los contenidos de su sexualidad. La heterosexualidad normativa, como eje de las relaciones de parentesco. expresa la obligatoriedad de la convivencia entre hombres y mujeres en condiciones de una tasa de masculinidad/ feminidad numéricamente equilibrada. Expresan la imposición sobre las mujeres del modelo de sexualidad reproductiva como único modelo que ellas deben conocer y practicar. Este modelo comporta la definición del cuerpo femenino —nunca el masculino— como un cuerpo violable, un cuerpo siempre accesible para los hombres. Carla Lonzi define la heterosexualidad como una forma de sexualidad masculina que a las mujeres nos es impuesto en las sociedades patriarcales.²¹ El concepto "heterosexualidad obligatoria", de Adrienne Rich, constituye un modelo de relación social entre los sexos, en el que el cuerpo de las mujeres es siempre accesible para los hombres. Rich cuestiona que la heterosexualidad sea una "opción sexual"; sostiene pueda ser en cambio, que no existen ni opción ni preferencia reales en las que una forma de sexualidad pueda ser definida y sostenida como obligatoria. Propone que la heterosexualidad, como la maternidad, sea reconocida y estudiada, en tanto instituciones políticas. Rich no afirma que la heterosexualidad sea necesariamente una forma de sexualidad opresiva para las mujeres. Ninguna relación lo es por sí misma, si no interviene en su ejecución algún tipo de violencia. Lo que resulta opresor es su obligatoriedad social y políticamente sustentada.22

TEORÍA QUEER

En los últimos años, principalmente en Europa y Norteamérica, una parte del feminismo lesbiano ha derivado hacia lo que se llama Queer Theory. Queer quiere decir "raro, singular, extraño, cuestionable", aglutina en un mismo espacio político y teórico a lesbianas, gays, trasvestis, transgenéricos y otras disidencias sexuales que operan solidariamente. Aunque no hay acuerdo sobre quiénes quedan incluidas/os en el término queer, hay quienes afirman que sólo se aplica a gays y lesbianas para reducir la visibilidad de quienes no lo son: al decir queer no tienen que mencionar a los bisexuales, transgenéricos y otros. Hay quienes insisten en que el ser queer es una cuestión ideológica, relacionada tanto con lo que se piensa y se cree como con lo que se hace en la cama y con quién. Para algunas personas, el movimiento queer es un movimiento de liberación sexual y de género más amplio que estudia a las minorías sexuales y a quienes las apoyan, en lugar de ser un movimiento basado en la identidad homosexual. Hay quienes consideran lo queer como un constructo cultural que incluye estilos específicos de ropa, aros, juegos con la imagen de género y ciertos tipos de música. La evolución del concepto queer ha tenido un efecto recíproco en el concepto de "straight".23 Si queer implica una posición política radical, más liberación sexual y social, entonces "straight" implica una posición conservadora o reaccionaria, una cultura aburrida y una resistencia a la diversidad sexual y social. De modo que se puede hablar de conceptos aparentemente imposibles; es decir, de un/a "homosexual straight" o de un/a "heterosexual queer".24

Según Teresa de Lauretis no se trata de luchar por la abolición del patriarcado sino de hacer de

agente de procesos sociales cuyo modo de funcionar es a la vez interactivo y resistente, participativo y a la vez distinto, reclamando a un tiempo igualdad y diferencia, exigiendo representación política mientras insiste en su especificidad material e histórica.²⁵

La teoría queer se basa en la ruptura de las categorías de identidad de sexo y de género, así como en la desconstrucción de las categorías de identidad.²⁶ Las teorías de los movimientos sociales le ponen mucha atención a la forma en que se crean y negocian las identidades colectivas, pero no la suficiente al modo en que se desestabilizan esas identidades (problemática usual dentro de los movimientos sociales como el Movimiento Lésbico Homosexual). La discusión es similar al de las comunas étnicas: "los límites, las identidades y las culturas se negocian, se definen y se producen". La teoría queer destruye ideas como "minoría sexual", "comunidad homosexual" y, más al fondo, como las de "gay" y "lesbiana" o, incluso, las de "hombre" y "mujer". Los movimientos lésbicohomosexuales han construido una cuasietnicidad con sus instituciones políticas y culturales, festivales, barrios y bandera propia. En esa etnicidad subyace la idea de que lesbianas y gays comparten una misma esencia fija, natural, un ser definido por sus deseos sexuales dirigidos hacia personas de su mismo sexo, un estatus de minoría y un reclamo por sus derechos que se asientan en esa característica compartida. Han manifestado estos movimientos que la represión que sienten sobre la posibilidad de hacer real su ser es la opresión compartida. En esta visión política étnica/esencialista, son necesarias categorías claras de identidad colectiva para que haya una resistencia exitosa y se obtengan réditos políticos.

Las identidades sexuales son productos históricos y sociales, no naturales ni intrapsíquicos. La base de la opresión son los binarios producidos por la sociedad (gay/ hetero, hombre/mujer). Negarse a adoptar el estatus de minoría étnica es la llave de la liberación. Lo queer echa luz sobre un dilema que comparten otros movimientos basados en la identidad (raciales, étnicos y de género, por ejemplo): las categorías fijas de identidad son la base sobre la que se ejerce la opresión y se asienta el poder político que el grupo puede alcanzar. Esto plantea muchas preguntas sobre las estrategias políticas para el análisis de los movimientos sociales. Las teorías de los movimientos sociales no pueden dar respuesta al impasse entre las estrategias culturales de desconstrucción y las estrategias políticas. Lo queer pide una teoría más desarrollada de la formación de identidades colectivas y de su relación con las instituciones y los significados, lo que implica reconocer que ese proceso incluye el impulso a destruir esas identidades desde adentro.

Melucci y otros sostienen que las identidades colectivas no sólo son necesarias para una acción colectiva exitosa, sino que con frecuencia son un fin en sí mismas. La identidad colectiva, en este modelo, se piensa como "un proceso continuo de recomposición más que de algo dado" y como "un aspecto dinámico, un emergente de las acciones colectivas". Las investigaciones sobre etnicidad afirman que la concepción que tienen las personas

acerca de su identidad étnica es situacional y posible de ser cambiada.

El proceso exacto por el cual las identidades colectivas surgen y cambian ha sido objeto de interés por parte de quien estudia los movimientos sociales. Verta Taylor y Nancy Whittier se ocuparon de las comunidades lesbofeministas. Señalan que esas comunidades con sus identidades politizadas se crean mediante la construcción de límites (estableciendo diferencias entre "el grupo que cuestiona y los grupos dominantes"), el desarrollo de la conciencia ("marcos de referencia para interpretar la realidad") y la negociación ("los símbolos y las acciones cotidianas que los grupos subordinados usan para resistir y para reestructurar los sistemas de dominación existentes"). Otras investigadoras que parten de la noción similar por la cual "la localización y el significado de los límites étnicos se negocian, se revisan y se revitalizan continuamente", demuestran que la identidad colectiva se construye no sólo desde dentro, sino que también va tomando forma y se ve limitada por "la política, las instituciones, las medidas inmigratorias, los condicionamientos económicos ligados a la etnicidad, y el acceso a la toma de decisiones políticas". No cabe duda de que estamos siendo testigos de un proceso de construcción de límites y de negociación de identidades.

Consideraciones finales

A pesar de la cantidad de referencias bibliográficas, teorías respecto del lesbianismo, dentro y fuera de éste, la realidad lésbica es aún un ámbito oscuro del conoci-

miento. Los espacios académicos, científicos oficiales e institucionales no dan cuenta de esta minoría social. Las estadísticas no registran categorías diferentes a la heterosexualidad y no sabemos cuántas, cómo somos y qué problemáticas enfrentamos. El conocimiento científico está construido con las bases de un pensamiento heterosexual; de ahí que las políticas públicas estén dirigidas específicamente a dicha población. En aras de la democratización de los espacios y recursos, la academia tendría que asumir con mayor compromiso la búsqueda del conocimiento de sectores poco estudiados, como el lésbico y aportar a una mejor comprensión de realidad.

Propongo como temas o ámbitos de investigación los procesos de construcción de la Identidad lésbica o identidades disidentes a la norma heterosexual en diferentes contextos como las zonas rurales y urbanas, el ámbito de los derechos humanos en los procesos de dichas constituciones identitarias, las migraciones como estrategias de sobrevivencia, las condiciones en torno a la vivienda, los problemas referentes a la salud no reproductiva, como el cáncer de mamas y otros, la maternidad lésbica, los ámbitos, niveles y problemas laborales, así como los ámbitos y problemas educativos, la participación social y política, y la literatura, entre otros.

Notas

- ² Margaret Nichols, "Relaciones lésbicas: implicaciones para el estudio de la sexualidad y el género" en Homosexuality / Heterosexuality. Concepts of Sexual Orientation. Part. VI. Relational Perspective. Trad. de María Eugenia Reyes. s/f. Documento obtenido en el Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico (CDAHL).
- ³ Tomado en parte de Rosanna Fioccheto, *La amante celeste*. Madrid: Horas y Horas, La Editorial Feminista, 1987 (La Llave la Tengo Yo).
- ⁴ Las citas de Janine Chasseguet-Smirgel fueron tomadas de Rosanna Fioccheto, *op. cit*.
- ⁵ Luce Irigaray, El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir. Barcelona: La Sal, 1985.
 - ⁶ Rosanna Fioccheto, op. cit.
- ⁷ Tomado en parte de Noni Benegas, "Corpus lesbiano" en Revista Letra, núm. 34. Barcelona, 1984, pp. 53-62.
- ⁸ Piera Paola Oria, "Safo, la lírica" en *In Memoriam Safo*. Buenos Aires: Edición del Taller Permanente de la Mujer, marzo, 1990.
- ⁹ Werner Jaeger, *Paidea*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 118.
- ¹⁰ Victoria Sau, *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona: Icaria, 1989, p. 260.
- ¹¹ María Milagros Rivera Garretas, Nombrar el mundo en femenino. Barcelona: Icaria. 1994.
- ¹² Janice Raymond, A Passion for Friends. Toward a Philosophy of Female Affection. Londres: The Women's Press, 1986, p. 3.
- ¹³ Susana Cavin, Lesbian Origins. San Francisco: ISM Press, 1985, p.20.
- ¹⁴ En esta vertiente también se encuentran Sara Lucía Hoaghland y Julia Penélope, *For Lesbian Only*. A Separatist Anthology. Londres: Onlywomen Press, 1988. También Birta Becky, "Is Feminist Criticism Really Feminist?"; Sara Lucía Hoaghland, *Lesbian Ethics*; y Bonnie Zimmerman, "What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism", los tres trabajos en Susan J. Wolfe y Julia Penelope (eds.), *Sexual Practice*. *Textual Theory*. [Sin pie de imprenta], pp. 33-54.
- ¹⁵ Hanna Hacker, "Lesbische Denkbewegungen, Beiträge zur Feministischen Theorie und Praxis", citado por Noni Benegas,

¹ Este ensayo forma parte de mi libro *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos feminista y homosexual en América Latina*. México: Plaza y Valdes/Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico (CDAHL), 2000.

"Corpus lesbiano" en Revista Letra, núm. 34. Barcelona, 1984, pp. 53-62.

- ¹⁶ Luce Irigaray, op. cit., p. 15.
- ¹⁷ María Milagros Rivera Garretas, op. cit.
- ¹⁸ Judith Butler, Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity. Nueva York y Londres: Routledge, 1992.
 - 19 Norma Mogrovejo, op. cit.
- ²⁰ Monique Wittig, The straight mind and other essays. Boston: Beacon Press, 1992.
- ²¹ Carla Lonzi, Escupamos sobre Hegel. La mujer clitórica y la mujer vaginal. Barcelona: Anagrama, 1981.
- ²² Adrienne Rich, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence" en *Signs*, núm. 5. 1980, pp. 631-660.
 - ²³ Buga o heterosexual.
- ²⁴ Liz Highleeyman, "Identidad, ideas y estrategias" en *Bisexual Politics. Theories*, *Queries & Visions*, editado por Naomi Tucker. New York: The Haworth Press, 1995.
- ²⁵ Teresa de Lauretis, "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities. An Introduction", *Diferences*, núm. 3, USA, 1991, p. III.
- ²⁶ Joshua Gamson, Los movimientos basados en la identidad, ¿deben autodestruirse? Un dilema queer. Universidad de Yale. Documento facilitado por el Centro de Documentación Lésbico, Gay, Bisexual, Transgenérico "Escrita en el Cuerpo" (LGTT), Buenos Aires.

Bibliografía

LIBROS

- Amorós, Celia, Feminismo. Igualdad y diferencia. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1994 (Libros del Programa Universitario de Estudios de Género).
- Barbieri, Teresita de, "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género" en Laura Guzmán Estein y Gilda Pacheco Oreamuno (comp.), Estudios básicos de Derechos Humanos IV. San José de Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos y la Comisión Europea, 1995, pp. 47-84.

- BECKY, Birta, "Is Feminist Criticism Really Feminist?" en Susan J. Wolfe y Julia Penélope (eds.), Sexual Practice, Textual Theory. [Sin pie de imprenta], pp. 33-54.
- BUTLER, Judith, Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity.
 Nueva York y Londres: Routledge, 1992.
- CAVIN, Susana, Lesbian Origins. San Francisco: ISM Press, 1985.
- FIOCCHETO, Rosanna, La amante celeste. Madrid: Horas y Horas, La Editorial Feminista, 1987 (La Llave la Tengo Yo).
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad*, 3 vol. México: Siglo XXI, 1987. [Primera edición en francés, 1976].
- Gargallo, Francesca, "La diferencia sexual" en Diccionario del pensamiento filosófico latinoamericano, Horacio Cerutti (coord.) México: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- HIGHLEEYMAN, Liz, "Identidad, ideas y estrategias" en Bisexual Politics. Theories, Queries & Visions, editado por Naomi Tucker. New York: The Haworth Press, 1995.
- HOAGHLAND, Sara Lucía y Julia Penélope, For Lesbian Only. A Separatist Anthology. Londres: Onlywomen Press, 1988.
- IRIGARAY, Luce, El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir. Barcelona: La Sal, 1985.
- JAEGER, Werner, Paidea. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Lamas, Marta, El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Porrúa-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Lauretis, Teresa de, "Problemas, conceptos y contextos", trad. de Gloria Bernal, en *El género como perspectiva*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Lonzi, Carla, Escupamos sobre Hegel. La mujer clitórica y la mujer vaginal. Barcelona: Anagrama, 1981.
- Mogrovejo, Norma, El amor es bxh/2. Una propuesta de análisis histórico-metodológico del movimiento lésbico y sus amores con los movimientos homosexual y feminista en América Latina. México: Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico (CDAHL), 1996.

- homosexual en América Latina. México: Plaza y Valdés-Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico (CDAHL), 2000.
- Moi, Toril, "Feminist, Female, Feminine" en *The Feminist Reader*. Londres: Macmillan, 1989.
- ORIA, Piera Paola, "Safo, la lírica" en *In Memoriam Safo*. Buenos Aires: Edición del Taller Permanente de la Mujer, marzo, 1990.
- RAYMOND, Janice, A Passion for Friends. Toward a Philosophy of Female Affection. Londres: The Women's Press, 1986.
- RICH, Adrianne, Sobre mentiras, secretos y silencios. Barcelona: Icaria, 1993.
- RIVERA GARRETAS, María Milagros, Nombrar el mundo en femenino. Barcelona: Icaria, 1994.
- Rubin, Gayle, "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (selección de textos). Hablan las mujeres. Nueva York: Routledge & Kegan Paul, 1984.
- SAU, Victoria, Diccionario ideológico feminista. Barcelona: Icaria, 1989. Weeks, Jeffrey, "La sexualidad e historia" en Antología de la sexualidad humana. México: Consejo Nacional de Población [Conapo], 1994.
- WITTIG, Monique, The straight mind and other essays. Boston: Beacon Press. 1992.
- Wolfe, Susan J. y Julia Penélope (eds.), Sexual Practice, Textual Theory. [Sin pie de imprenta].
- ZIMMERMAN, Bonnie, "What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism", en Susan J. Wolfe y Julia Penelope (eds.), Sexual Practice. Textual Theory. [Sin pie de imprenta], pp. 33-54.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

BARBIERI, Teresita de, "Sobre la categoría de género: la lgunas cuestiones teórico-metodológicas" en *Revista Internacional de Sociología*, año VI, núm. 2 y 3. México, mayo-diciembre, 1992, pp. 147-178.

- , "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género" en IIDH Serie Estudios de Derechos Humanos, tomo IV. [Ciudad, mes o periodo], 1996, [páginas].
- Benegas, Noni, "Corpus lesbiano" en Revista Letra, núm. 34. Barcelona, 1984, pp. 53-62.
- Lamas, Marta, "Cuerpo: diferencia sexual y género" en *Debate Feminista*, núm. 10. México, septiembre, 1994, pp. 53-62.
- LAURETIS, Teresa de, "La esencia del triángulo, o tomarse en serio el riesgo del escencialismo: teoría feminista en Italia, Estados Unidos y Gran Bretaña", trad. de Salvador Mendiola, en Debate Feminista, año I, vol. 2. México, octubre, 1990.
- _____, "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities. An Introduction", Diferences, núm. 3. USA, 1991, pp. III-XVIII.
- _____, "La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana" en *Debate Feminista*, año 6, vol. 11. México, abril, 1995, pp. 34-45.
- RICH, Adrienne, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence" en Signs, núm. 5. 1980.
- Segal, Lynn, "Repensando la heterosexualidad" en *Debate Feminista*, núm. 11. México, abril, 1995, pp. 17-32.

DOCUMENTOS

- Duggan, Lisa, Dejémoslo perfectamente queer, trad. de Alejandra Sardá. Centro de Documentación Lésbico, Gay, Bisexual, Transgenérico "Escrita en el Cuerpo", (LGTT), Buenos Aires, junio, 1996.
- Gamson, Joshua, Los movimientos basados en la identidad, ¿deben autodestruirse? Un dilema queer. Universidad de Yale. Documento facilitado por el Centro de Documentación Lésbico, Gay, Bisexual, Transgenérico "Escrita en el Cuerpo" (LGTT), Buenos Aires.
- HIGHLEYMAN, Liz, "Identidad, ideas, estrategias" en Bisexual Politics.

 Theories, Queries & visions, editado por Naomi Tucker. New
 York: The Haworth Press, 1995. [Trad. por Alejandra Sardá,
 documento facilitado por el Centro de Documentación